

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 6 DE SETIEMBRE DE 1886→

NUM. 245

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GATTO CARIÑOSO

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*El testamento*, por don Juan Martínez.—*Claridades pulpítables* (continuación), por don J. María Sbarbi.—*Viaje á Filipinas* (conclusión), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*El gatito cariñoso.*—*El flautista*, dibujo de J. R. Wehle.—*Inter pocula* (entre copa y copa), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour.—*Federico Barbarroja pidiendo auxilio al Duque de Baviera para someter á las ciudades lombardas.*—*Un balcón de Venecia.*—*Vista de la isla de Phile.*—*Lorenzo, muchacho bisaya.*—*Rada de Butuán.*—*Suplemento Artístico: La riva degli Schiavoni*, cuadro de H. Bartels.

NUESTROS GRABADOS

EL GATITO CARIÑOSO

El autor de estas líneas es sumamente aficionado á niños: no tiene nada de particular que le embelese este cuadro. Pero supongamos la persona más recalcitrante en materia de filogenitura. Nada le dice, nada le hace sentir esa niña que, si es un estudio, debe estar hecho á la vista de un ángel? ¿Cabe mayor belleza infantil, más exuberancia de vida, igual candor, actitud más espontánea y afecto peor empleado? Tentados nos sentimos á tener envidia de ese gato, á quien el artista califica de cariñoso, cuando por egoísmo siquiera debería aspirar á ser paloma, tórtola, el animal más inofensivo de la creación.

El mayor mérito de este cuadro es la maestría con que el artista ha evitado caer en uno de los dos extremos propios de los pintores de niños, el excesivo candor ó la excesiva inteligencia: nuestra criatura es candorosa é inteligente; pero no es babcia ni sabia; es una verdadera niña, con rasgos que recuerdan á los querubines de Murillo y que el inmortal sevillano no hubiera renunciado á colocar en torno de sus portentosas *Inmaculadas*.

EL FLAUTISTA, dibujo de J. R. Wehle

No es empresa de que salgan honrosamente todos los artistas la de llamar la atención hacia una sola figura cuando ésta no se halla dominada por alguna de las grandes pasiones que agitan el corazón humano. Parece que la frialdad de un asunto influya en la frialdad del espectador; y sin embargo, nada de esto sucede cuando la deficiencia de lo que diremos argumento, se halla compensada por la fuerza de la ejecución.

Esta circunstancia concurre en el dibujo de Wehle que publicamos. Su autor es bien conocido de nuestros favorecedores, quienes han tenido ocasiones distintas de admirar la corrección de su factura y el estudio profundo que hace del natural. Nuestro *flautista* está perfectamente dominado por el arte; su atención toda se encuentra concentrada en la ejecución de un trozo de música; es lo que se llama poner los cinco sentidos en un ejercicio. Cuando así se dibuja, una sola figura llena un cuadro y este cuadro ocupa un lugar honroso en cualquiera galería.

INTER POCOLA (ENTRE COPA Y COPA), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour

El pueblo romano, tan virgen, tan rudo, tan frugal en los tiempos de Rómulo y de Numa, acabó por una degeneración sensual de que tal vez no ofrezca ejemplo ningún otro pueblo. El refinamiento del placer llegó á ser para él una necesidad. ¡Tal, en consecuencia, le encontraron los bárbaros, cuando Alarico llegó á las puertas de la ciudad que iba á dejar de ser eterna!

Guinea, en admirable cuadro lleno de luz, de animación, de elegancia y de verdad, ha representado gráficamente una de las costumbres del patriado romano; la que pudiéramos llamar sobremesa de un magnate opulento.

La provista mesa hallase servida en deliciosa terraza. Al pie de ella se encuentran, hábilmente distribuidos, los amenizadores de la fiesta. A un lado bellas jóvenes tañendo musicales instrumentos; á otro lado los domadores de fieras aguardando su turno para exponer tigres y leones amaestrados, y en el centro la voluptuosa egipcia mostrando simultáneamente sus mal encubiertas formas y sus habilidades en juegos de equilibrio. A todo esto, los comensales, la cabeza ceñida ridículamente de flores, contemplan á los ambulantes artistas con la mirada del más completo fastidio, el fastidio de las personas encenagadas en los más groseros vicios. El cuadro de Guinea es, por todos conceptos, un hermoso lienzo. Pocos como él han dado á comprender, aparte las condiciones de dibujante y colorista, un conocimiento más profundo del asunto tratado. Contemplando esa obra se echa de ver lo que era el fundo romano, cuando dejó de ser lugar de descanso para Cicerón y se convirtió en lugar de licencia para Tíbulos.

FEDERICO BARBARROJA pidiendo auxilio al duque de Baviera para someter á las ciudades lombardas

No pudiendo soportar las ciudades de la Alta Italia las continuas vejaciones que, desde su advenimiento al trono imperial, hizo pesar sobre ellas Federico I Barbarroja, determinaron sacudir su yugo, ó cuando menos imponerle ciertas condiciones para reconocer su soberanía, y con tal objeto convinieron en formar una confederación que se conoce en la historia con el nombre de Liga lombarda. Veintidós años de lucha y la pérdida de siete ejércitos costó al emperador su tenacidad en no acceder á las proposiciones de los confederados. El último de aquéllos fué desbaratado en la batalla de Legnano por las tropas de la Liga, á consecuencia de haber negado á Federico su auxilio el duque de Baviera Enrique el León.

Acosado el emperador por el numeroso ejército de los confederados, se replegó sobre Chiavenna, desde donde pidió su ayuda á los príncipes alemanes, que se la prometieron. Pero el peligro era inminente: Enrique el León era el único que podía salvar al reducido ejército imperial; invitóle Federico á que se avistase con él en aquella población y le manifestó el extremo á que se veía reducido; pero ni razones ni ruegos pudieron decidirle á que le acompañara, aunque el emperador, á pesar de todo su orgullo, llegó á suplicárselo de rodillas: Enrique regresó á Alemania con sus guerreros, y esta defección costó á Barbarroja la pérdida de la batalla de Legnano, viéndose obligado de sus resultados á aceptar las condiciones que los confederados quisieron imponerle, para no perder la corona de Italia.

UN BALCÓN DE VENECIA

En la colección de curiosidades artísticas con que se ha enriquecido últimamente el Museo de Birmingham figura uno de esos balcones antiguos y verdaderamente monumentales en que los graves senadores de Venecia, con su rico traje, y las aristocráticas damas, radiantes de belleza con sus joyas y pedrerías, dejábanse ver del pueblo durante las procesiones y otras ceremonias en los canales. Ese balcón, del tipo columnar, y que data de 1550, no sólo es curioso por contener todos los detalles de su construcción, sino también por la maravillosa delicadeza con que está trabajado y por la excelencia del dibujo: la obra es digna de Jacobo Sansovino, á quien se atribuye la ejecución. Todos los balustres son aquí figuras terminales muy bien acabadas, que representan sátiros y deidades, todas de diferente dibujo; las cabezas están admirablemente esculpidas, y

tal es su expresión, que parecen animadas. Esta magnífica muestra, que con seguridad es una de las más notables y características en su género, proviene de la fachada de un palacio situado en la calle dei Furloni, cerca de la «Comenda di Malta», en Venecia.

VISTA DE LA ISLA DE PHILE

Antes de penetrar en el dédalo de arrecifes de la primera catarata bañan las tersas aguas del Nilo un archipiélago de verdes islas, una de las cuales es la sagrada Ilak de los egipcios, la célebre Phile, postre refugio del culto egipcio, á donde fué trasportada desde Abidos la tumba de Osiris. La isla es pequeña, su perímetro no alcanza á un kilómetro, tiene la forma ovalada y contiene templos de Isis reconstruidos después de la conquista del Egipto por Alejandro. Pero lo que realmente llama poderosamente la atención en Phile es el elegante edículo llamado la *cama de Faraón*, que en medio de hermosos grupos de palmeras refleja en las aguas su fina silueta. Es el asunto de arquitectura que más se ha reproducido para la ilustración y la escenografía. No obstante, es este edículo de baja época, del tiempo de Tiberio. Phile es famosa por sus inscripciones bilingües, que tanta luz dieron para descifrar los jeroglíficos; allí se halló la reproducción de la célebre *pedra de Roseta*, en que se hallaban jeroglíficos con su equivalente ó traducción en caracteres demóticos, glorificando la victoria de Ptolomeo V «el Inmortal»; allí estaba también el obelisco en que Champollión descifró el nombre de Cleopatra. En otro tiempo estaba unida la isla de Phile con otra también sagrada, la de Biggeh, por medio de un túnel por bajo el canal del río que las separa.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA RIVA DEGLI SCHIAVONI, cuadro de H. Bartels

La riva ó muelle *degli Schiavoni* es el sitio más concurrido por los venecianos; preferencia fácil de explicar, no sólo por ser uno de los puntos en que mejor atracan los buques, sino por descubrirse desde él uno de los panoramas más bellos de la incomparable reina destronada del Adriático. No es de extrañar, por lo tanto, que Bartels haya pintado una vista de Venecia tomada desde dicho muelle, vista que á su fidelidad une la hoy esplendente y peculiar del cielo veneciano.

Notables son las figuras de ese cuadro, pues reproducen exactamente el tipo de las mujeres de ese pueblo entre oriental é italiano, es decir, medio africano y medio europeo, como lo es todo en esa ciudad incomparable, desde su arquitectura hasta sus costumbres. La mujer veneciana es bella de la belleza de la gitana granadina y como ésta viste y peina con singular desaliño. No parece sino que vincula su poder de seducción en el fulgor de su mirada, que unas veces tiene la languidez de Desdémona y otras veces fulgura siniestramente como la de Otelo.

El cuadro de Bartels es una obra que da, como pocas, una idea bastante aproximada del cielo, de la tierra y de las hijas de la ciudad ducal.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Al acercarse ellos al pueblo, el sol se había hundido en el ocaso y algunos labriegos esparcidos por la campiña regresaban á sus hogares. Aprovechando un momento en que el señor del Soto se adelantó á sus compañeros, Enrique dijo á Rosario:

- ¿Cuándo premiará V. tantos tormentos?
- Esta noche...
- ¿Así que Ramón se encierre en su desván?
- Hablares.

El señor del Soto se detuvo á esperar á los rezagados y los tres entraron en Alcornocal, repartiendo saludos á derecha é izquierda, atravesando toda la calle Mayor por entre dos hileras de corrillos que, sentadas á la puerta de sus viviendas, ya solas, ya acompañadas de sus vecinos, formaban las comadres.

V

Dió el toque de ánimas la campana de la aldea. La luna, en el segundo día de su primer cuarto menguante, no había asomado aún su plateado disco sobre el próximo horizonte. Las calles de Alcornocal estaban desiertas y silenciosas, sin otra luz que la de la blanca reina de la noche, á cuyo cargo corría el alumbrado público, siempre y cuando, no importaba la hora, en el cielo debía presentarse. A intervalos sonaban pisadas en la oscuridad: eran las de algún vecino que iba ó venía del café, dando traspasés, tropezando con las piedras ó hundiéndose en los baches. Algunas ventanas, abiertas y alumbradas, reflejando sobre la pared de enfrente la luz de algún velón junto con las sombras de varias personas y objetos, y dando salida intermitente á voces y carcajadas, revelaban que los alcornocaleses, según Dios les daba á entender, divertían la velada en casa propia ó en la ajena.

De pronto, no sin cierta precaución, abrióse una puerta de la calle Mayor y por ella fueron saliendo uno tras otro, primero Isidro, luego Blas, en seguida otros tres compañeros, todos armados de sendos garrotes en la mano, y aunque no se les vefan, de sendos escapularios pendientes del cuello. Con su actitud sigilosa y azorada á un tiempo, parecían los cinco otros tantos diablos, contrariando las influencias celestiales y aperebiéndose á caer sobre el alma condenada de algún pecador de alto copete.

Sin decir palabra, los cinco tomaron á lo largo de la calle, llegando á la plaza, torcieron á mano derecha, pasaron rápidamente por delante de la alumbrada vidriera del café y siguieron por la calle del Alcornocal, hasta el barranco. Allí se agruparon como constituidos en consejo de guerra.

El silencio y la oscuridad reinaban en torno. Todas las ventanas del palacio estaba cerradas menos una, la de un desván, en la cual no sólo se veía luz, sino que salían por ella voces y ruidos extraños, simulando una disputa de poseídos.

- ¡Te digo que no!
- ¡Te digo que sí!
- Soy un espíritu del Averno.
- Eres un condenado, y tu mujer...
- ¡No sigas, te prohibo nombrarla!
- ¡Al infierno, pues, con ella!

Imposible describir el efecto que estas frases, ora claras, ora confusas, caídas desde lo alto de la ventana, produjeron en los labriegos. Hechos una piña entre la casa y el barranco, temblándoles las carnes, no se atrevían á resollar.

—¿Os convencéis ahora,—balbuceó Isidro,—de la brujería de D. Ramón?

—Sí,—contestó uno muy quedo,—arriba suenan dos voces.

—La una,—añadió otro,—se oye perfectamente; es la suya, la del brujo.

—En cuanto á la otra, más fuerte y menos clara, ronca, subterránea, no puede negarse, es la del diablo.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Ahora?—dijo Blas,—es muy sencillo; ahora entra este,—agregó enarbolando el garrote.

—Sí; pero ¿cómo?

—Esperad, yo os lo diré.

—Antes es preciso hacernos cargo de la cosa, saber lo que pasa entre el diablo y el brujo.

—Esperemos á que salga la luna,—observó Isidro.

—¿Para qué?

—Para ver claro, la luna alumbrará la viña de enfrente, y entonces...

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media, ya dieron las ánimas.

—No saldrá hasta las nueve, y primero que esté alta...

—Es verdad, no podemos esperar tanto,—afirmó Isidro,—luego, el tiempo urge, y hay que poner remedio á nuestros males; el golondrino de mi mujer, lo juraría, es obra de esos condenados.

—Y yo,—prosiguió Blas,—tengo enfermo el chiquitín.

—Y á mí,—continuó un tercero,—hace tres días que,

por más que la ordeño, no me da leche la vaca.

—Yo pondría las manos en el fuego que si no escarmentamos al diablo, nos va á dar á todos mal de ojo.

—Esperad, ¡ya caigo en ello!—profirió repentinamente el más joven de los rústicos.

—¿Quién, tú, Cosme?

—Sí, ahora lo veréis.

El aludido era un mocetón de diez y siete años, alto y delgado, nervioso y fuerte, ágil y vivo como una ardilla.

—¿Veis ese almezo?—dijo.

—Sí, ¿qué te propones?

—Es más alto que la casa del brujo; desde sus ramas puede verse lo que pasa en el desván, no siendo ciego uno. Pues bien, subo, atisbo, os cuento lo que veo, y obramos en consecuencia.

—¡Buena idea! Pero, ¿y si te caes?

—Eso corre de mi cuenta; el almezo es un árbol muy fuerte, y sé por experiencia que sus ramas más delgadas soportan el peso de un hombre como yo.

—¿Y si te ve el brujo?

—No temáis, el follaje me tamará; la luna aun no ha salido, la oscuridad nos favorece.

—Pues manos á la obra.

—Te va á estorbar el garrote.

—Le soltaré, mas por si acaso...

Cosme, uniendo la acción á la palabra, tiró el palo, cogiendo en su lugar dos ó tres guijarros que guardó en su seno.

Durante este diálogo, sostenido en voz muy baja, con suma animación y rapidez, los ruidos y voces extrañas, sin ilación ni coherencia, no habían cesado en el desván, estremeciéndose á nuestros rústicos.

En efecto, á la orilla del barranco, arrancando de la vertiente del mismo, se alzaba con gallardía un corpulento almezo de unos cincuenta pies de altura, cuya apiñada copa superaba los jarrones que servían de adorno á la azotea del palacio.

En un decir Jesús, Cosme ciñó lo mejor que pudo con sus largas extremidades el tronco del árbol, y comenzó á trepar por él con la agilidad de un hombre práctico en tal suerte de ejercicios. Durante algunos minutos sólo se oyeron las voces y ruidos del desván, la respiración anhelosa de los labriegos, el rumor del follaje revuelto y el crujido de alguna débil rama próxima á romperse bajo los pies de Cosme.

—¿Estás ya?—preguntó Blas, abarquillando la mano junto á la boca para concentrar lo quedo de su voz.

—Esperad... ahora,—respondió Cosme, haciendo crujir por última vez las ramas.

—¿Qué ves?

—¡Jesús María, cuántas cosas! ¡Y qué raras! Sapos, culebras, dragones y otras alimañas, todos encantados; muchas piedras que deben de ser del infierno, pues parecen quemadas. En un rincón hay un cuerno retorcido, en otro una escoba dentro de un caldero; arrimada á la pared, un alma toda de huesos, como las que sacan en la iglesia el día de difuntos; al lado un murciélago con las alas extendidas. También veo muchas hierbas misteriosas, de esas que, hervidas, sirven para embrujar.

—Y al brujo ¿le ves?

—Sí, está en pie, junto á una mesa muy larga, vestido

como el señor cura, sino que la sotana es encarnada; tiene la cabeza descubierta y los pelos erizados; los ojos le brillan como ascuas.

—Y al diablo ¿le ves también?
—No, á ese no; debe de estar en otro rincón, entre un tabique y la pared maestra de la ventana, porque sale de allí un fuego rojizo.

—Mira bien. ¿No le ves el rabo?
—Sí, sí; por allá asoma la punta. Ahora el brujo se acerca á él, hablan los dos. ¿Oís?...
El labriego no se equivocaba:

—¡En breve todo Alcornocal sabrá que existo!—retumbó una voz exótica.

Aquellos rústicos, transidos de pavor, hicieron la señal de la cruz, requiriendo instintivamente los garrotes.

En el mismo instante la luna, que empezaba á elevarse sobre las montañas, pareció arrojar toda su luz sobre el almezo en que se hallaba Cosme.

—¡Bájate, bájate, que te va á ver el brujo,—gritaron sus compañeros.

—Es inútil, parece que me ha visto ya,—respondió el interpelado.

En efecto, fuese instinto, fuese casualidad ó que hubiesen llamado su atención las voces mal contenidas de los campesinos, el brujo, que estaba de espaldas al barranco, volvió la cabeza, miró al almezo situado enfrente de la ventana, y como le pareciese ver en él un bulto á los rayos de la luna, se detuvo suspenso, admirado, inquieto en medio de la habitación.

—¡Qué ojazos me echa!—repuso Cosme.
—¿Cuál, el brujo ó el diablo?

—El brujo. Ahora se acerca á la ventana, se tira de los pelos, me amenaza con el puño... ¿Sí?... ¡pues toma, bribón!

Esto diciendo, Cosme sacó un guijarro del pecho, y agarrándose al árbol con una mano, lo arrojó con la otra hacia el desván. Oyóse dentro un ruido temeroso, como de hierro y vidrios hechos añicos, y quedó á oscuras la ventana.

—¿Le has dado?—preguntaron desde abajo.
—No sé; ha apagado la luz. Yo me escuro, aquí va á pasar algo.

En un santiamén Cosme se deslizó desde el almezo al suelo. A breve rato sonaron golpes sordos en el interior del palacio, casi al mismo tiempo, abrióse una ventana del piso principal, colgaron del alfeizar una cuerda, por la cuerda escurrióse una forma blanca que con extraordinaria agilidad saltó no lejos de los rústicos; sobre la forma blanca cayó instantáneamente un bulto negro, y abrazados los dos dieron á correr con la velocidad del rayo. Todo ello al dudoso reflejo de la luna que acababa de ocultarse entre una montaña de nubarrones.

Los labriegos, sin darse cuenta de lo que veían, permanecieron inmóviles un momento.

—¡Ellos son, que no se escapan!—gritó de pronto Blas.
—¡A ellos, matarlos!—añadieron los demás, sin reflexionar lo que decían.

Y diciendo y haciendo, enarbolados los garrotes, se lanzaron como gatos en persecución del doble bulto.

Este, en su huida, retrocedió rápidamente al hallar cortado el terreno por el barranco; en seguida fué á salir por la calle del Alcornoque; pero Cosme y otro rústico, que embargados de un temor supersticioso no osaban acometer, cruzando los palos con objeto de ahuyentarlo, le cerraron el paso. Entonces tomó por el lado opuesto con una agilidad verdaderamente diabólica.

—¡A ellos, á ellos!—prorrumpieron Blas y los suyos, descargando garrotazos.

Todo fué inútil: la forma blanca y el bulto negro, hechos un ovillo, rompieron por en medio, corriendo hacia el campo, no sin que les alcanzaran los golpes de Blas é Isidro.

—¡Se nos han escapado!—exclamó el primero.
—Y ahora ¿qué hacemos?—preguntó Cosme.

—Dejadlos, más días hay que longanizas; ya los atraparemos; á cada puerco le llega su San Martín.

Y mohinos y cabizbajos, se fueron todos por donde vinieran.

Media hora después, al tiempo de acostarse, D. Ramón decía á su esposa:

—Pero ¿por qué no abrías, mujer?

—¿Qué quieres que te diga? Estaba medio dormida y no te oí.

—Y ¿por qué echaste la llave?

—Como tú te encierras arriba en el desván, y Enrique sale á caza de cortejos, yo me quedo aquí sola y tengo miedo.

Al mismo tiempo el gomoso, molido y descalabrado, frente á un espejo de su dormitorio, se lavaba con árnica cabeza y posaderas, diciendo para su capote:

—Vaya, no es nada, de buena me he librado; ¡qué brutos son esos palurdos! Si no salto por la ventana, y Rosario no me echa la ropa, nos lucimos.

Y añadió, llevándose una mano á la cabeza:

—Lo peor del caso es que he pescado este coscorrón sin comerlo ni beberlo. ¡Al demonio se le ocurre llamar tan á deshora!

(Continuará)

EL TESTAMENTO

I

—¿No te sirves más sopa, Micaela?
—No, señor; no se me apetece.

—Está muy rica. Eres una gran cocinera.
—Favor que el señor quiere hacerme.
—Vamos, mujer, come.
—Está muy caliente todavía.
—¿A que no sabes el proyecto que traigo entre ceja y ceja?

—¡Qué sé yo! ¡Cualquiera cosa!
—Pues he pensado traspasar la tienda.

—No me parece mal. ¡Ya es hora de que el señor deje de trabajar y piense en darse buena vida!

—Tú lo has dicho. Cuarenta años hace que estoy detrás de un mostrador dale que te pego. ¡Cuarenta años cortando y vendiendo camisas! Anda, llévate la sopa y trae los garbanzos.

—Al momento.

—Con que, dime, ¿qué te parece mi proyecto?

—Que hace el señor divinamente. El señor es soltero, solo, tiene ya lo suficiente para que nada le falte mientras viva. ¿A qué trabajar más? ¡para que luego venga cualquiera con sus manos lavadas á comérselo!

—Cualquiera no, Micaela. ¡Te voy á revelar un secreto! He hecho testamento.

—¿Y quién le ha metido al señor en esos trotes?

—Nadie; ha sido por inspiración propia. ¡Te dejo por heredera de todó cuanto tengo!

—Dios quiera que el señor viva mil años. ¡Yo no soy codiciosa, ni me llaman los intereses! Teniendo cariño y salud, todo lo demás me es indiferente.

—¡Ay, qué rico está el chorizo, Micaela!

—También es bueno el precio; ¡diez realazos la docena! Y, ¿sabe el sobrino del señor eso del testamento?

—Ni palabra. Por cierto que la tienda se la traspaso á él.

—¿Es el regalo de boda que le hace el señor?

—¿Regalo?... ¡qué si quieres! Buenos están los tiempos para regalos. Se la traspaso mediante escritura y á pagar mil reales cada trimestre hasta cubrir el precio de los géneros y de la anaquelaría; con la condición de que el primer plazo que me falte vuelve á mi poder la tienda y pierde el dinero que me tenga entregado.

—Hoy me han dicho en el mercado que el domingo se leerán las primeras amonestaciones.

—El mes que viene se casa. ¡Ya verá lo que es bueno! ¡Cómo se ha de acordar de su tío! Es muy dulce eso de gastar una pesetilla todos los domingos sin saber de dónde viene. ¡En buena se va á meter! ¡Mucho me temo que salga con las manos á la cabeza! Pues lo que hace á mí ¡no le perdono un cuarto de la tienda! Vamos, esta pechuguita de gallina, Micaela.

—Para el señor.

—No me desaires; tengo gusto en que te la comas tú.

—A mí me aprovecha vérsela comer al señor.

—Un bocadito y yo el otro. No, no; en mi mano. ¡Ay, qué pechuga tan rica, Micaela.

II

—¿Qué tal va por esta casa?
—Perfectamente, tío.

—¿Se vende mucho?
—Así, así.

—No se te ve por ninguna parte.

—El trabajo...
—¿Y el pequeño?

—Tan bueno á Dios gracias.

—¿Cuánto trabajo cuesta ganar un duro! ¿verdad, Miguel?

—Mucho, tío, mucho.

—Nunca lo habrás sabido mejor que ahora.

—Siempre lo supe, tío, siempre lo supe. ¿Trae V. el recibo?—Hoy cumple el último plazo del traspaso de la tienda.

—Pues no lo traigo.

—¿Qué milagro es ese? ¡V. tan formal en todas sus cosas! ¿Piensa V. regalarme ese piquillo?

—Y aun darte dinero encima:

—¿De veras? V. está malo, tío.

—Efectivamente, no ando muy católico; ¡siento por todo el cuerpo una gran flojera! no duermo, ni como; la carne la voy perdiendo á puñados y tengo un humor de todos los diablos que no puedo echarlo de mí un instante.

—¿No ha consultado V. á algún médico?

—A D. Cirilo.

—¿Y qué dice?

—Lo que yo me sospechaba; ¡que mi enfermedad es moral y no física! No se cambia así como así tan radicalmente de vida. Echo de menos la faena de la tienda; me paso todo el santo día de Dios pensando en las camisas y en los calzoncillos y tengo ganas de volver á coger las tijeras. Porque, lo que me decía D. Cirilo, el hombre es un animal de costumbres, y, á mi edad, querer cambiar de modo de ser es suicidarse; el hábito es una segunda naturaleza. Además, el trato de los parroquianos es muy distraído, entran y salen, á éste se le ocurre una cosa, á aquél otra, se habla, se murmura... ¡Hasta los disgustos que proporciona la cuenta que no pagan tiene su deleite! Así es que aconsejado por el médico y obedeciendo á mis deseos y naturales inclinaciones, he pensado seriamente en volver á quedarme con la tienda.

—¿Con qué tienda?

—Con la mía.

—¿Su tienda de usted?

—Sí, hombre, con esta. Yo te devuelvo el dinero que tengo recibido y tú te estableces donde quieras.

—Perdone V., tío; eso no puede ser.
—¿Cómo que no puede ser!

—Como que no puede ser.
—Tú dirás por qué.

—Por la sencilla razón de que no me conviene. Este comercio está ya acreditado, y como V. dijo antes, el hombre es un animal de costumbres, y hace más de cuarenta años que el público la tiene de venir á esta casa y no irá á otra aunque lo aspen.

—Es decir, ¿que te niegas?

—Sí, señor, rotundamente.

—Piénsalo bien.

—Lo tengo bien pensado.

—Entonces pondré comercio al lado del tuyo.

—Póngalo usted.

—Te haré la competencia.

—Haga V. lo que quiera.

—Te arruinaré.

—Allá veremos.

III

—¿Y tú qué opinas, Micaela?

—Que lo mejor de todo se lo va á llevar la trampa. El viejo tiene vida para muchos años todavía; no piensa en morir y á mí se me acaba la paciencia, sobre todo desde que ha puesto esa nueva tienda donde va á perder hasta la cera de los oídos.

—La gente dice que está loco.

—Y dice bien. ¡Al demonio se le ocurre lo que á él se le ha ocurrido! ¡Vender las camisas que le cuestan diez y seis reales á peseta! Y todo por el mismo estilo. Es cierto que ha arruinado á su sobrino, pero lo peor del caso es que el viejo sigue la misma marcha y dentro de un par de meses no le va á quedar ni un clavo de donde ahorcarse. ¡Si aquella tienda parece un jubileo! ¡Qué modo de entrar y salir gente! No hay quien dé abasto á toda ella.

—¿Y para eso he consentido yo que tú?...

—¡A quién se lo cuentas! ¡Pues, si tuvieras tú que hacer carocas á ese viejo asqueroso! ¡No sé cómo no me muero de asco! ¡Bonito porvenir me espera! ¡Sirviendo toda mi vida, hoy á unos, mañana á otros y siempre viendo caras nuevas. Y luego tú no tienes alma para nada; te pudrirán en el matadero como una bestia que eres.

—¿Sabes lo que he pensado?

—Cualquier majadería.

—¿Estás tú cierta de que ese majadero ha hecho testamento á tu favor?

—¡Ya lo creo! como que me he enterado yo misma. ¿Por quién me has tomado á mí? ¿Soy yo tan panoli como tú? Me enteró el escribano y me dijo que si me quería casar con él cuando se muriese el abuelo. ¡Mira tú! ¡yo metida en la curia! ¡antes me tiraba al río de cabeza!

—Pues si es cierto lo del testamento...

—¡Como si no fuera! porque dentro de dos meses no habrá de qué.

—Se morirá el viejo antes.

—¿De risa?

—Pues si no quiere morir se le mataremos.

—¿De un estornudo?

—Como á un cerdo; degollado.

—Mira tú, pues conmigo no cuentas para eso.

—Pues por tí lo hago.

—¡Por mí! pues chico no te molestes.

—Es decir, ¿que no quieres?

—No.

—Pues mira, Micaela, hemos concluido, ¡quédate con tu viejo y compóntelas como puedas. Adiós.

—Oye, tú, ¡no seas bruto! Escucha, hombre, escucha. ¡Tienes un carácter!...

—Las cosas claras: ¡ó lo hacemos entre los dos ó no lo hacemos!

—La verdad es que el viejo merece que le maten. Nos va á dejar sin un cuarto.

—En tí consiste todo.

—Pues si por mí no llueve, agua á Dios. ¡Con tal de no presenciar yo la cosa! ¡Porque tengo el corazón muy tierno y soy muy impresionable y no puedo ver que se haga daño á una mosca.

—No hay necesidad de que tú estés delante. Verás. El domingo por la mañana sales á la compra; yo te espero en la calle con mi cuchilla bajo la chaqueta; tú te vas á la plaza y yo me subo á ver al viejo á quien le diré que necesito hablarle de su sobrino; abre la puerta, entro, vamos á su cuarto y cuando se vaya á sentar caigo sobre él y le hundo la cuchilla en la tetilla; con un mandao hay de sobra y me las guillo cerrando bien la puerta tras de mí. Tú vuelves de la compra, llamas y nadie responde; vuelves á llamar, y nada, no abren. Preguntas á las vecinas si ha salido el amo; sales á la calle, esperas en el portal, vuelves á subir, llamas otra vez, y después de algunas horas empiezas á alarmarte; buscas por aquí, preguntas por acá, ¡nadie ha visto al viejo! ¡qué habrá pasado, Dios mío! Todo el mundo se entera y toma cartas en el asunto y los vecinos con el juez fuerzan la cerradura, entran, ven la cosa, tú empiezas á dar gritos y á llorar. Y asunto concluido. ¿Qué te parece? ¿Está bien tramado?

—No me parece mal.

—Pues hasta el domingo.

—Adiós.

—¡Ah!

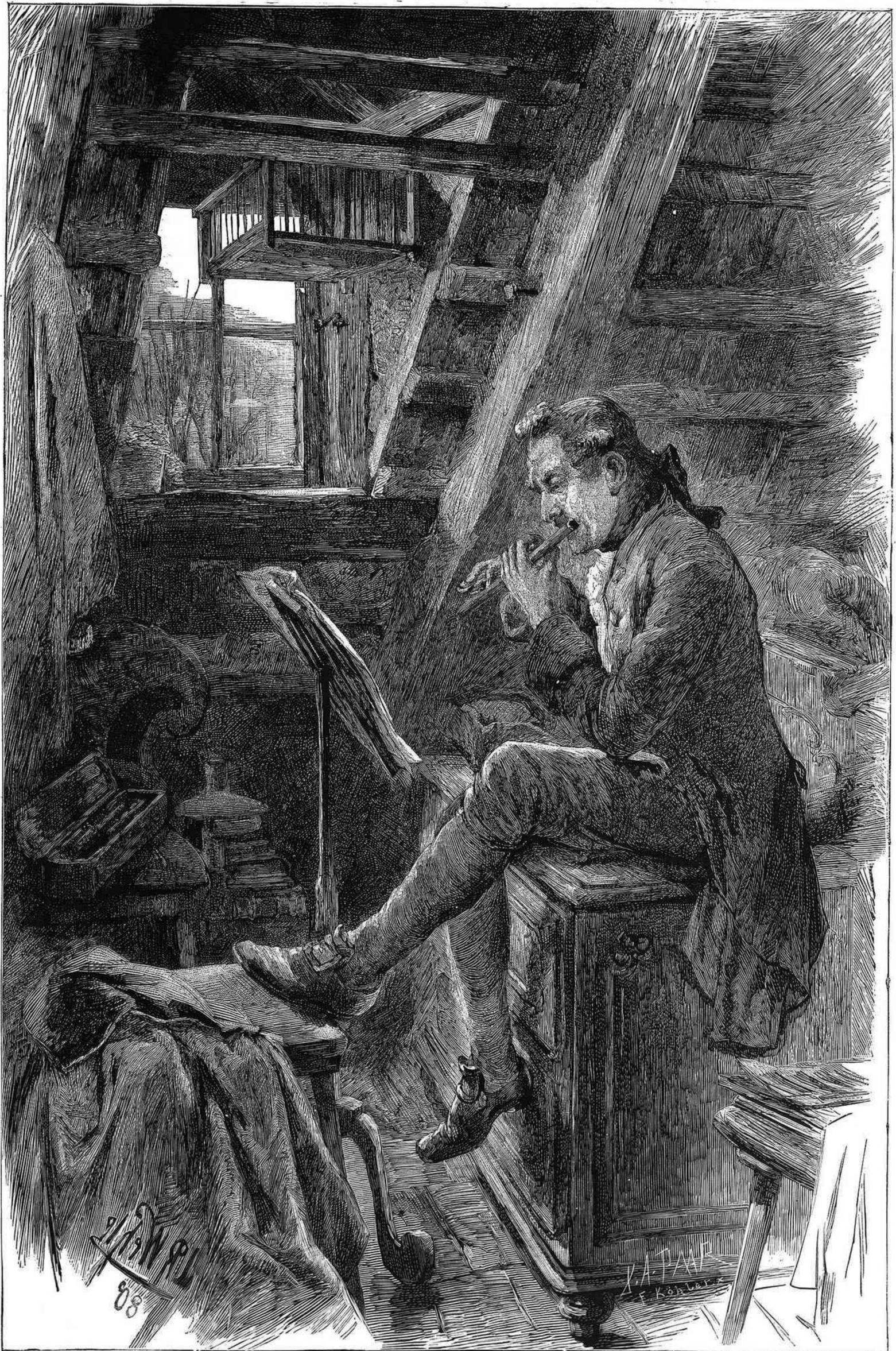
—¿Qué?

—¿Y nos casaremos?

—Cuando todo se haya pasado.

—Adiós.

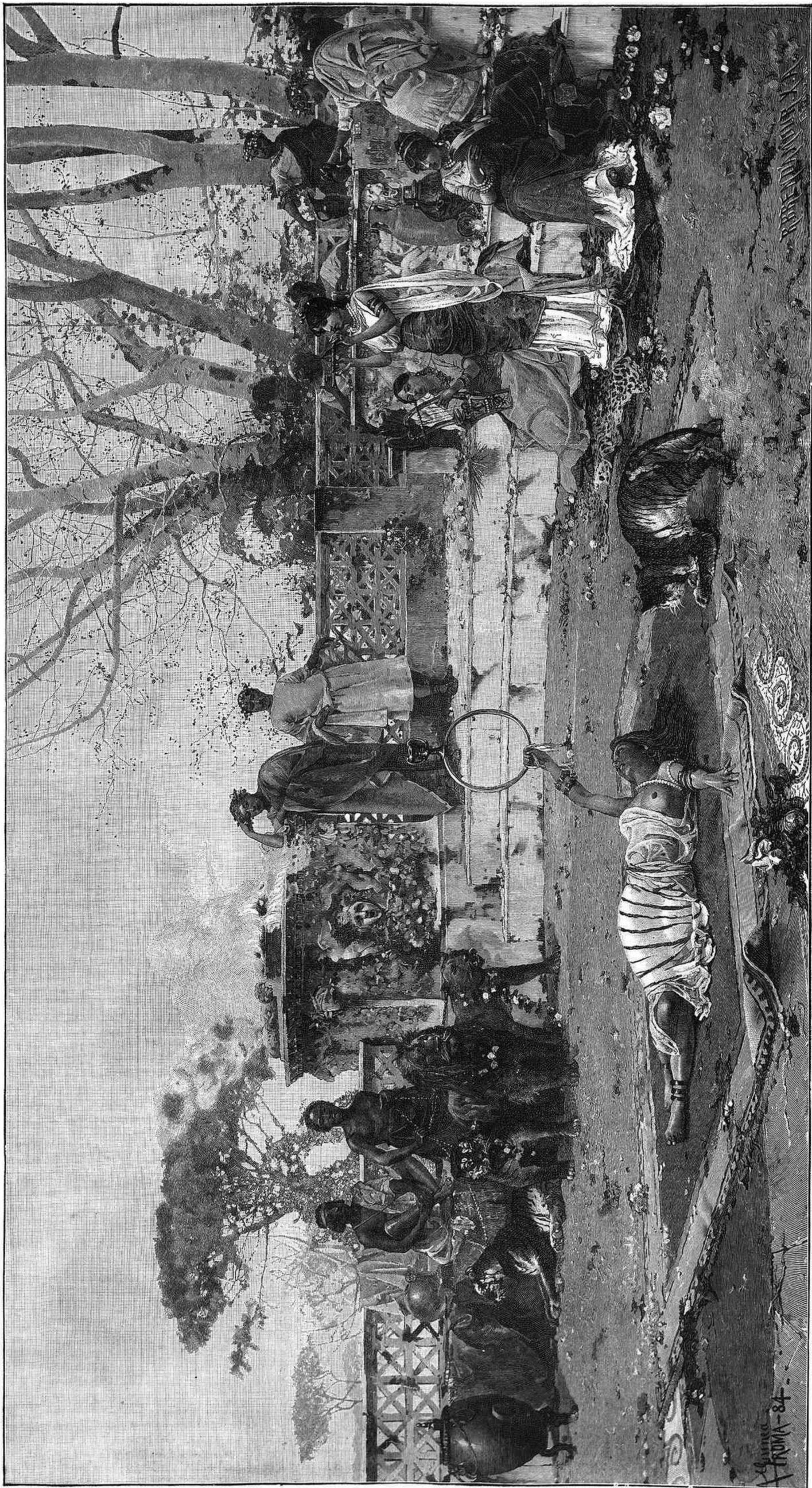
—Abur.



EL FLAUTISTA, dibujo de J. R. Wehle



LA «RIVA DEGLI SCHIAVONI» EN VENEZIA, CUADRO DE HANS BARTELS



INTER POCOLA (ENTRE COPA Y COPA), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour



FEDERICO BARBARROJA PIDIENDO AUXILIO AL DUQUE DE BAVIERA PARA SOMETER Á LAS CIUDADES LOMBARIDAS

IV

—¿Qué tal los chicos?
 —Buenos, D. Cirilo.
 —¿Agarró la vacuna en la pequeña?
 —Perfectamente.
 —Y de noticias ¿qué hay?
 —Nada que V. no sepa. Ayer no tuvimos el gusto de verle á V. en la misa de cabo de año que se dijo en San José por el descanso del alma de mi tío que esté en gloria.
 —No pude ir y lo sentí mucho. Una primeriza me tuvo toda la noche en vela y no salí de su cuidado hasta las tres de la tarde del día siguiente. Pero en cambio no faltará mañana á la ejecución de la Micaela y su querido. Tengo ganas de verlos bien ahorcados.
 —Dicen que están muy alicaídos.
 —El trance no es para menos. A nadie le gusta que le aprieten el pescuezo.
 —Pues bien tuvieron alma para asesinar á mi pobre tío.
 —No es lo mismo contra el prójimo, que pegar contra nuestro propio pellejo.
 —Es verdad, es verdad.
 —Las ideas son como las cerezas, que las unas traen consigo las otras. ¿Qué hay de la herencia de tu tío?
 —Hace poco estuvo aquí el procurador á decirme que la semana próxima tomaría posesión de todos los bienes.
 —Vaya, hombre, me alegro. Aunque la causa que lo ha provocado no es, que digamos, nada halagüeña, recibe mi enhorabuena.
 —Tantas gracias, D. Cirilo.
 —Me alegraré que prospere.
 —Dios escuche sus palabras de V., que bastante lo necesito.
 —Ahora si que se puede decir no hay mal que por bien no venga.

JUAN MARTÍNEZ

CLARIDADES PULPITABLES

(Continuación)

En *El Averiguador Universal* del 15 de febrero de 1880 (núm. 27, págs. 34-38) dí cuenta de un ruidoso atropello que los áulicos de Fernando VII intentaron cometer en la persona del P. carmelita Fr. José del Salvador, con motivo de la santa libertad y raro desahogo con que desde el púlpito dirigió la palabra al Monarca y á sus cortesanos en el 24 de febrero de 1815, viernes 3.º de cuaresma. Allí remito al lector que desee más amplias instrucciones acerca del particular, limitándome ahora, por lo que á mi propósito hace, á trasladar textualmente las palabras de su discurso que exacerbaron los ánimos de aquel Gobierno, y fueron causa de suscitar aquella sorda persecución contra aquel ilustrado cuanto decidido campeón de la Reforma Carmelitana. Leo, y copio:

«Pero, ¿quién será esta mano oculta? ¿Quién será este hombre enemigo que inutiliza las sanísimas intenciones de V. M. y el trabajo de sus colonos? ¡Ah, señor! alerta, que no está lejos quien hace tanto mal. Entre nosotros anda. Es fácil descubrirlo si lo buscamos con cuidado. Ya lo veo. Voy á decir quién es... Pero no... En este lugar no se puede nombrarse al pecador... Daré las señas, sin descubrir la persona; esto bastará para nuestro remedio. Oídlo... Hombre enemigo es el que no quiere la paz; el que come y se engruesa con la discordia; el que se recrea mirando á los españoles desunidos y encontrados; el que no se muestra sensible á la sentencia del Salvador, que asegura la desolación del reino dividido en sí; el que desprecia la oración del mismo divino Maestro, que clama al Eterno Padre por que todos seamos una misma cosa por amor, así como lo son el Padre y el Hijo por naturaleza; el que no pondera el celo y empeño especial que el apóstol San Pablo tuvo para clavar esta importantísima

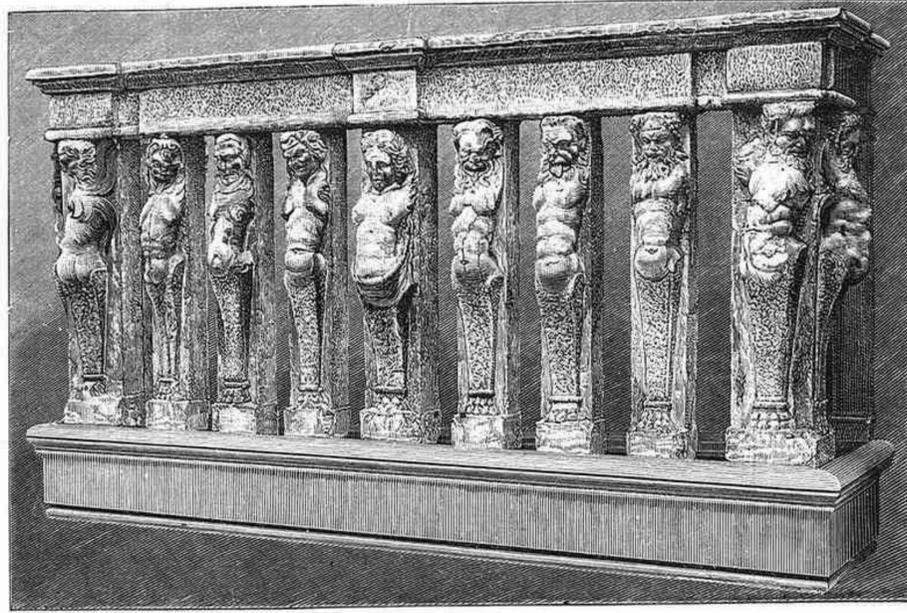
verdad en el corazón de los cristianos: este propiamente es un Anticristo; una fiera, que tiene corazón y obras de lo que es, y que debe ser arrojado á las selvas y bosques para que viva con sus semejantes.

»Hombre enemigo es también, el que gritando á voces *viva Fernando, la Patria y Religión*, se introduce en el Gobierno, trastorna el orden con disimulo, hartando entretanto su furiosa ambición con empleos, rentas y honores á costa de la inocente Nación. Observe V. M. á los que se le presenten, aunque sea con planes y proyectos de economía á favor de la Patria; míreles V. M. á las manos cuando se retiran; y si llevan carne en las uñas, esto es, algún empleo, etc., etc., no hay que dudar que son los que buscamos, los que nos hacen tanto mal, los que han dado ocasión al nuevo adagio, que repiten hasta los niños por las calles, á saber: *viva Fernando, y vamos robando*.

A mediados del siglo pasado floreció en Francia el abate Poulle, digno émulo de Massillon en la Oratoria sagrada, aunque de pocos conocido hoy (que una cosa es la fama, no pocas veces usurpada, y otra el mérito, casi siempre postergado). Pues bien, en el discurso que pronunció ante la Grandeza de aquella nación, con motivo de la toma de hábito de la Condesa de Rupelmonde, se explica en los términos siguientes, que traduzco con la mayor propiedad que me es posible, con objeto de pintar, y lo hace de mano maestra, las ruindades, intrigas y demás flores que brotan en el campo cortesano. Dice así:

«Al oír esta palabra *corte*, despiértanse en vuestra mente las ideas más halagüeñas, dado que os la figuráis bajo la imagen del deleite, del orgullo y de la molición, rasgos que caracterizan mejor al mundo en general, que no á la corte en particular; mas ¡ay! á poco que reflexionéis, comprenderéis que no es ella el lugar adonde se ha de ir en busca de los placeres, supuesto que lo que en su recinto sobra es ocasiones con que dar pábulo al aburri-

miento. Tampoco se ha de buscar en ella las distinciones, en el bien entendido de que, absorbiendo el esplendor supremo del trono cualquiera otra claridad que viene á ser como prestada, la majestad del soberano atrae á sí las miradas y consideraciones de los circustantes todos, hasta el punto de llegar á confundirse los dioses del siglo con el vulgo servil, que, fuera de aquel sitio, los inciensa, dado que á la puerta deponen toda su ostentación y soberbia para volverlas á tomar á la salida. Pues, ¿y los regalos y comodidades de la vida? Baste decir que los habitantes de esa mansión se estiman felicísimos con acampar bajo tiendas, sin saber qué cosa sea sueño ni descanso; siempre violentos, distraídos siempre, constantemente fuera de sí, impelidos por rápido torbellino, van de acá para allá sin objeto y sin gusto, sin otro desvelo que satisfacer los caprichos del superior. Si no fuera por la ambición y el sordido interés, las cortes de los reyes serían mucho menos frecuentadas de lo que son; y como quiera que esas pasiones se excitan con la esperanza de las recompensas, al propio tiempo que se contemplan mortificados por la presencia del soberano y el ojo avizor de los émulos, de ahí el que lleguen á resultar tan vehementes como simuladas; por manera que, lo que caracteriza á los verdaderos cortesanos, haciendo que dentro de una misma nación exista otra nación distinta de la que componen los demás vasallos, tanto en costumbres cuanto en lenguaje, es esa sed immoderada de mandar y hacerse rico, junto con la doblez; ese arte fatal, en que son maestros consumados, de ver quién engaña á quién, aparentando ocuparse únicamente en sus mutuas satisfacciones, mientras que en lo que cada uno piensa realmente es en su propia fortuna; de convertir sus defectos en atractivos, prestando á los vicios cierto colorido que los hermosee; de sustituir á la verdad y á los afectos palabras artificiosas y protestas simuladas; de poner por obra los arcanos y astucias de la intriga; de afectar modales complacientes y obsequiosos que sólo respiran candidez y buena fe; de esconder muy adentro los disgustos y sinsabores, que los devoran, gracias á un aspecto constantemente risueño; de disfrazar el odio bajo las apariencias de la urbanidad, dañando en el seno de las tinieblas al propio tiempo que fingen por delante dispensar mercedes. No se les caen de los labios las bendiciones, *ore suo benedicbant*, pero las maldiciones reinan en lo íntimo de su corazón, *corde suo maledicebant*. Al verlos tan atentos, agasajadores y oficiosos, cualquiera se daría á entender que todos ellos juntos componían una sola familia cuyos intereses eran comunes; pero, al penetrar de la parte allí



UN BALCÓN DE VENECIA

de esa apariencia engañosa, descubriríase muy luego que esos pretensos amigos no son más ni menos que otros tantos envidiosos y rivales, que á lo que aspiran únicamente es á su mutua destrucción; y á no ser porque poseen la infausta habilidad de engañar y seducir, las perfidias é infamias que entretajan su vida serían motivo harto sobrado para que se los abominase cual se merecen.»

Juro en Dios y en mi ánima que el cuadro anterior está pintado de mano maestra, ó no sé yo dónde tengo la chapucera diestra mía; y creo igualmente que semejantes palabras caerían como una bomba sobre aquel auditorio, compuesto en su casi totalidad de individuos de uno y otro sexo que, haciendo suyas en aquel momento las palabras dirigidas al Salvador por sus Apóstoles en el Cenáculo, no dejarían de preguntarse á sí mismos: «¿Por ventura soy yo, Maestro?»

Y ya que de las miserias de la corte vamos tratando, no estaría de más el sacar á relucir aquí un pasaje del magnífico sermón de Saurin *sobre la vida de los cortesanos*. Pero antes, digamos dos palabras acerca de este orador.

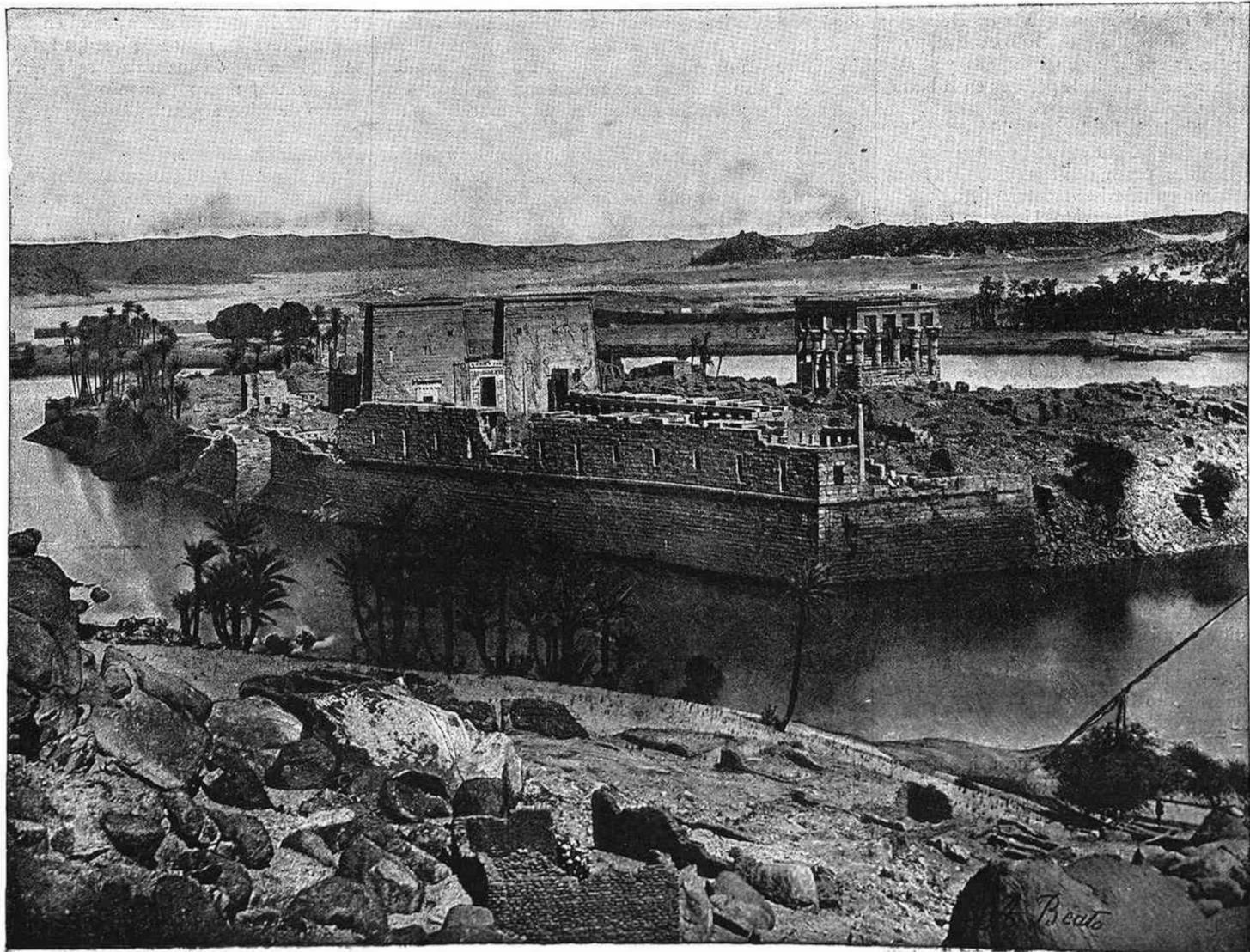
Saurin era protestante, lo que no obsta para que lo que dijo y escribió con arreglo á los fueros de la verdad, estuviera bien dicho y bien escrito: la verdad no es más que una, díjala quien la diga y parta de donde parta; hay más: cuando la verdad emana ó brota de labios de un adversario, parece como que se afianza y consolida su carácter de tal, manifestando por ese hecho el ser tan fuerte su poderío que nadie, absolutamente nadie, podría

sustraerse á su omnímodo influjo; semejante al sol, que, al aparecer sobre la haz de la tierra, derrama sus rayos sobre los justos que sobre los injustos. Así es que, tratando el cardenal de la Iglesia Romana Monseñor Maury de acompañar con modelos sus bien dirigidos y digeridos preceptos acerca de la *Elocuencia del púlpito*, no puede menos de hacer una honrosa conmemoración de Saurin, á quien, no sólo concede vigor apostólico, elocuencia, erudición, y otras varias prendas recomendables, sino que presenta como dignas de imitación sus peroraciones, en cuyo género sólo encuentra un orador que le supere (que es el gran Bossuet), y de quien, después de haberlo comparado en ocasiones con Demóstenes, y hasta con el Crisóstomo, concluye diciendo «que el Pastor francés de La Haya es, sin excepción alguna, el hombre más elocuente de que pueden jactarse con fundados motivos los protestantes, porque excede patentemente á todos los predicadores extranjeros á Francia, é Inglaterra en particular, no tuvo jamás ninguno que se

pueda comparar con él.»

Dejo á Maury la responsabilidad de su aserto, y paso á traducir el pasaje que prometí arriba, en el que se verá que no salen aquí mejor parados los cortesanos de lo que salieron antes de boca del abate Poulle, en atención á las *claridades* que desde el púlpito les dirigió igualmente.

«El hombre sensato considerará siempre la corte y los puestos elevados como un peligro para su salvación, pues allí es donde por lo regular se tienden los mayores lazos á la conciencia y se entrega la humanidad más comunmente al imperio de sus pasiones, supuesta la facilidad que en halagarlas encuentra, y cuando se lisonjea ser formada de una materia superior, con mucho, á la de aquellos seres que se arrastran en la clase del vulgo. Por lo menos, allí cada cual se transforma en un reyezuelo despótico, pues, á fin de desquitarse el cortesano de la servidumbre á que lo redujera el monarca, esclaviza él por su parte á aquél á quien tiene por bajo. Allí es donde se fraguan esas intrigas secretas, esas maquinaciones clandestinas, esas tramas sanguinarias, esas conspiraciones criminales, que en último resultado viene á pagar la inocencia... Allí, todos derraman la ponzoña de la adulación, y todos gustan de aspirarla. Allí, se postra la imaginación ante fementidas deidades, recibiendo algunos ídolos indignos esos homenajes supremos que sólo se deben al soberano Dios. Allí, impresionase el alma con imágenes seductoras, cuya importuna memoria la embarga á veces por completo, cuando lo que desea es nutrirse con la meditación únicamente digna de toda inteligencia inmortal. Allí, zumbando los oídos, como no puede ser



VISTA DE LA ISLA DE PHILE

por menos, con el murmullo del mundo en el cual se ha vivido, se dificulta más y más ese recogimiento, ese silencio, esa concentración de pensamientos tan indispensable para entablar el examen de su conciencia y el estudio de su propio corazón. Allí, se siente uno arrastrado, quiera ó no quiera, por el torrente que lo precipita, dado que ciertos ejemplos que se reputan por ilustres autorizan á incurrir en actos los más criminales, llegando hasta conseguir que se vaya perdiendo poco á poco esa delicadeza de conciencia y ese horror al crimen que de tan pujantes barreras servían para contenernos en los límites de la virtud.» etc.

Como se ve, la doctrina recién expuesta no puede ser más moral, práctica, ni verdadera, y la teoría sentada tan sin ambages ni circunloquios por aquel ministro de la Iglesia disidente, viene á corroborar en esta ocasión la defendida en iguales términos por el ministro de la Iglesia universal, compenetrándose, y auxiliándose mutuamente.

(Concluirá)

JOSÉ MARÍA SBARBI

VIAJE Á FILIPINAS

(Conclusión)

Más lejos veo grutas calcáreas, y en la playa pruebas evidentes del levantamiento, conglomerados de guijarros, arenas, conchas y políperos. Siguen los chubascos.

A las cuatro de la tarde estoy en la desembocadura del río Kinunuan, que se ha desbordado; es imposible pasar; durante toda la noche llueve mucho; y acampamos en la playa ante una hoguera suficiente para asar un búfalo, sin que me sea posible tostar una batata: los pocos víveres hallados en Manay se consumieron al amanecer.

14 febrero. — A las siete de la mañana atravieso el río Kununuan, algo molestado por esta lluvia húmeda y glacial, pues sigue lloviendo á torrentes; á las nueve me detengo dos horas en Mampanón, otro caserío insignificante y lúgubre, para que coma mi gente: abundan las bananas y los camotes. Un indio come en cinco minutos, pero ellos necesitan mucho tiempo para preparar la menor cosa. El capitán de Mampanón me alquila su caballo, rocín de formas angulosas, que apenas alienta; muy pronto me arrepiento de haberlo tomado, pues al cabo de una hora de marcha es preciso tirar de él para que dé un paso; tanto mis muchachos como yo tenemos los pies ensangrentados.

El río Baguán, único que con el Dapnan parece tener alguna importancia en esta costa infernal, está desbordado también; la barra de su desembocadura, muy formidable, se extiende paralelamente á la costa, sin la menor interrupción; semejante obstáculo, elevándose como un muro á pocos cables de la orilla, opónese aún más que el estado del mar á todo tránsito por agua. Mis hombres, agachados y sufriendo la lluvia, tienen ese aspecto de resignada indiferencia de los caballos cosacos del cuadro de Lchreyer. Mando construir una balsa, pero la furiosa corriente arrastra los dos hombres que la concluían; el uno se arroja al agua sin vacilar, y el otro por fuerza, pues la balsa se hundió; les arrojamos unas amarras, y se salvaron, mientras que aquélla se hace pedazos en la barra. Otra noche *sub Jove*.

15 febrero. — Continúa la lluvia, pero el río es vadeable, y mi rocín me servirá por lo menos para cruzar la corriente. Los hombres pasan con agua hasta los hombros, yo voy el último en mi triste montura, pero llegado al centro del río, detiéndose de pronto el jamego, comienza á vacilar y cae conmigo; no me mojo mucho más, pues ya estaba calado hasta los huesos. Encuentro algunos mozos que dan caza al ciervo; exceptuando el hermano de Lorenzo y un mandaya que ví ayer, son los únicos individuos que he hallado fuera de los pueblos desde que salí de Catel. A las diez de la mañana llegó á Lucatán, pequeña rancharía de moros, cuya alegría y animación contrastan con el fúnebre silencio de todos los pueblecillos anteriores. El dato me regala un jabalí que acaba de matar (se ha de tener en cuenta que su religión le prohíbe comer la carne de este animal), y me alquila una barca, con la que atravieso la pequeña bahía de Mayo, muy tranquila, porque está preservada de los vientos del nordeste. Paso al pie de los ribazos de Batunán, cuya altura varía de 20 á 60 metros; se componen de pudinga poligénica, y presentan todos los caracteres de un levantamiento reciente.

A la una y media de la tarde salto á tierra en Taganoc; las montañas, de agudos picos, están cubiertas de bosque, y constituyen una parte del dominio de los Tagacaolos.

En el momento de hacer los honores al jabalí del dato me acomete un violento acceso de fiebre; envío á dos hombres á Mati para buscar un caballo, y no vuelven.

16 febrero. — El camino es fácil; las pendientes del istmo, que termina con la punta de Taucanán son regulares; los arroyos poco profundos, y sin embargo avanzamos muy lentamente, porque mis muchachos están casi tan cansados como yo. El sol brilla hoy, pero sus rayos son demasiado ardientes para nuestra debilidad; á las doce y media llegamos á Mati, pueblo de Bisayas y de moros reducidos, en la bahía de Pujada; aquí hay una rada magnífica, cuya punta sudeste termina en altas montañas del más pintoresco aspecto. Este puerto natural tendrá una importancia de primer orden cuando la civilización se haya apoderado de la parte oriental de Minda-



Viaje á Filipinas. — Lorenzo, muchacho bisaya

nao. El anclaje, que es excelente, está del todo preservado de los vientos del norte y del nordeste por la punta de Taucanán; y la entrada, sin peligros, presenta algunos islotes. Esto será sin duda el centro comercial de la costa, cuando haya un tráfico que por ahora no parece próximo.

Desde Bislig hasta aquí he visto la costa desierta, y he caminado días enteros sin encontrar el menor vestigio humano fuera de los pueblos y de los caseríos. Las agregaciones de mandayas nuevamente convertidos apenas están rodeadas de algunas miserables plantaciones de batatas, de arroz y de *cabo negro* (1), ahogadas por el bosque; y los pueblos de *cristianos viejos* no valen mucho más. Excepto en Caraga, siempre me ha sido muy difícil reunir portadores, y sobre todo mantenerlos. Las escasas provisiones que traían consigo quedaban consumidas por la mañana, y cuando llegaba á un pueblo por la noche, rara vez se podía comprar un poco de arroz; de modo que con frecuencia era preciso contentarse con algunas bananas y batatas. Los recursos del país, sin embargo, son menos exiguos en los meses que siguen á la recolección del arroz.

17 febrero. — Una embarcación de Mati me conduce á Puerto Baleta (al sudoeste de la bahía de Pujada), anfractuosidad que se prestaría admirablemente á la construcción de muelles y dochos. Desembarco aquí para franquear la cordillera que se corre paralelamente á la orilla en toda la longitud de Mindanao, desde Surigao al cabo de San Agustín. He franqueado ya por el norte esta cordillera en sentido inverso, para pasar desde las orillas del Simulao á la costa del océano Pacífico. El camino es aquí más fácil; después de escalar una rápida arista que se eleva al noroeste de Puerto Baleta, sólo hay que seguir una inmensa cortadura que divide la parte central de la cordillera; aquí recojo muestras de metafira, de cuarzo y de pirita de hierro; la cortadura termina en la orilla oriental del golfo de Davao en Kuavo, donde hay dos casetas, sin que se vea ninguna embarcación. Un pescador moro que vuelve á su rancharía me recoge con mis bagajes en su barca; despido á los portadores, y los muchachos me siguen por la playa. Jamás los he visto en tan triste estado; su ropa se cae de su cuerpo enflaquecido; y á pesar de lo mucho que les agradezco sus servicios, no puedo menos de comparar estos infelices con los conejos vaciados; mas por fortuna está próximo el término de nuestras fatigas.

El pescador moro se detiene en Sumlug; el dato de este caserío es diez veces más rapaz que un judío árabe; y sólo después de una interminable discusión me cede una barca carcomida y dos esclavos enfermos.

18 febrero. — Remonto penosamente por el norte, costeando el golfo; el viento de nordeste, que se convierte en noroeste al pasar por los flancos del Apó, obligame á

detenerme muchas veces. Encuentro acampadas en la playa varias familias de moros procedentes de las orillas del río Hijo (al norte del golfo); han huído de los mandayas, que decididamente tienen el diablo en el cuerpo, puesto que se hacen temer hasta de los moros.

Más lejos encuentro algunos Guiangas que en otro tiempo había visto al pie del Apó; ellos también han debido evitar por la fuga los ataques de vecinos más poderosos.

La incuria de mis remeros y las fatiga de mis muchachos me hacen pasar otro mal rato en el estrecho de Paquiptan, cuyos torbellinos amenazan romper mi deteriorada barca.

22 febrero. — A las dos de la tarde llego al fin á Davao, donde tengo el gusto de encontrar á la mayor parte de los amigos de quienes me separé el 2 de noviembre. Su cordial acogida me haría olvidar muy pronto la fatiga del viaje si frecuentes accesos de fiebre no me lo recordaran.

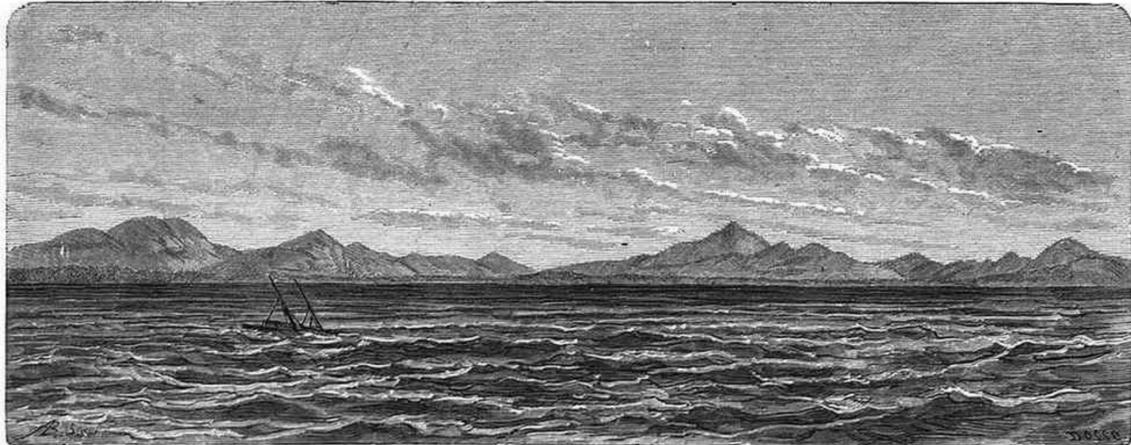
Por lo demás, el tiempo es admirable aquí; desde el 22 de febrero al 13 de marzo apenas ha llovido tres ó cuatro veces, y esto muy ligeramente; la monzón del nordeste, lluviosa para la costa oriental de Mindanao, es la estación seca para el golfo de Davao, preservado contra este viento. Arreglo mis colecciones y hago mis cálculos. Los muchachos, bien alimentados y descansados, desean continuar la marcha, y los dos que me veo obligado á despedir para no arrebatarlos completamente á sus familias, parecen muy tristes; pero les consuelo con una buena gratificación. Nada es tan agradable para los indios como la vida nómada en compañía de un europeo; libre de toda preocupación, olvidan fácilmente sus fatigas, refiriendo por la noche á los daragas maravillados los peligros que corrieron, las acciones heroicas en que han tomado parte; á fuerza de mentir se engañan á sí mismos, y no tardan en considerarse como muy superiores á sus compatriotas.

13 marzo. — Me despido de Davao, donde una larga permanencia me ha permitido apreciar á tantas personas amables, y me embarco á bordo del *Francisco Reyes*, que toca el 15 en Pollok, el 16 en la Isabela de Basilán y el 17 en Zamboanga, el 18 enderezamos el rumbo al norte, á la vista de las altas montañas de *Negros*; y anclamos por la noche en la rada de Ilo-Ilo, al sudeste de la isla de Panay. Ilo-Ilo se eleva á la orilla de un pequeño río, en la extremidad de una inmensa llanura de aluviones; este puerto, situado en la inmediación de provincias populosas y bien cultivadas, es un gran centro comercial, practicándose en gran escala principalmente la exportación de los azúcares en bruto. En la rada, donde hay anclados grandes buques americanos y vapores de todas clases, tengo el sentimiento de no ver nuestro pabellón; en las oficinas de correos, las cajas destinadas á la distribución de la correspondencia tienen los nombres de todos los principales negociantes ingleses, americanos y chinos; pero no veo ni uno solo francés.

El 21 llego á Manila: nuestro excelente cónsul, Mr. Dudemaine, ha marchado, con gran sentimiento de nuestra pequeña colonia; pero su sucesor, Mr. Ernest Crampón, me había dado ya, sin saberlo yo, una prueba de interés: como durante largo tiempo no me fué posible enviar noticias á mi simpático corresponsal en Manila, Mr. Genú, circulaba ya el rumor de que los Infieles de Mindanao me habían jugado una mala pasada. Mr. Crampón pidió audiencia al nuevo gobernador general, D. Fernando Primo de Rivera, para hablarle de mí, y éste tuvo á bien mandar que se practicasen pesquisas: hoy mismo se iban á expedir las órdenes.

Permanezco todo un mes en Manila, esperando inútilmente la curación en la hospitalaria casa de nuestro compatriota Mr. Genú, cuyos cuidados me habrían devuelto seguramente la salud si las fiebres complicadas con anemia no exigieran de todo punto mi regreso á Europa.

En el intervalo de mis accesos paso ratos muy agradables con Mr. Genú y nuestros compatriotas establecidos en Manila, particularmente Mr. Brejard, canciller del consulado de Francia, y Mr. Aussenac, antiguo oficial de caballería; estos señores, personas muy instruidas y sagaces, han vivido en todos los países del mundo; sus recuer-



Viaje á Filipinas. — Rada de Butunán. Vista tomada á tres millas al norte de la desembocadura del río Agusán

dos, y la comparación de las diversas colonias con las Filipinas, comunican á la conversación tanto atractivo como variedad durante las noches que paso en su com-

pañía, y de las que conservaré un grato recuerdo; pero siempre enfermo, me es imposible ir á estudiar los Infieles del norte de Luzón, y me veo obligado á volver á Francia.

J. MONTANO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

(1) *Caryota onusta*, (Palm.)